

Leyendas de las tierras de Helárisos III

# La conjura de los magos

Pablo Martínez Fernández

Copyright © Pablo Martínez Fernández  
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS  
ALL RIGHTS RESERVED

ISBN: 978-84-617-9060-9

Diseño de cubierta: Joe A. Arca  
Maquetación: Pablo Martínez Fernández

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros medios, sin el permiso previo y por escrito del autor.

*“Nadie te causará jamás tantas alegrías o pesares, nadie te será tan leal frente a la adversidad, nadie te infligirá tanto daño con su traición como el amigo más cercano a tu corazón, pues la amistad es un arma de dos filos, poderosa y desconcertante.”*

*Antiguo proverbio marquiso*

- I. La cólera de las montañas
  - II. Los muros de Hacra
  - III. Un refugio en la Marca
  - IV. El Clan de los Edetanos
  - V. Gritos en la noche
  - VI. La sombra de la Leyenda
  - VII. “Enfréntate a tus miedos”
  - VIII. Alma moribunda
  - IX. Despedidas
  - X. El Santuario de los Magos
  - XI. El *Kairnós*
  - XII. Palabras en la roca
  - XIII. Fuego y Luz, Sangre y Tiempo
  - XIV. La guerra secreta de los Hechiceros
  - XV. Las Llaves de la Sabiduría
  - XVI. El Cónclave de los Magos
  - XVII. Encadenado
  - XVIII. Rebelión
  - XIX. Renacer
- Epílogo

## I. La cólera de las montañas

Silencio...

Ni un solo ruido quebraba la calma de aquel amanecer tan frío. Las primeras luces comenzaban a asomar entre las cumbres, tiñendo de rojo sus cabellos de nieve y acallando al viento que no había dejado de soplar durante toda la noche. Hasta las propias montañas contenían el aliento, contagiadas de una quietud que encogía el corazón.

*Jamás había visto algo parecido...*

Erban también guardaba silencio, traspasado por una inexplicable emoción. Encaramado a un saliente, con el *Spetión* sobre el hombro, contemplaba la aurora mientras sus amigos todavía dormían a pierna suelta.

No podía culparlos, pues todos se sentían agotados tras interminables días de viaje. También él estaba exhausto, pero tras cierta desastrosa *invocación* a la tormenta había adquirido la fastidiosa costumbre de despertarse temprano con temblores de pesadillas apenas recordadas.

Aunque hoy, al menos, valía la pena.

Embelesado con el panorama majestuoso de las montañas, Erban se sobresaltó cuando Aikón dejó escapar un sonoro ronquido. A medias molesto y divertido, miró de soslayo a sus amigos, cobijados al abrigo de un promontorio, y rememoró los últimos acontecimientos del viaje.

Había transcurrido casi un mes desde la peligrosa ascensión al Pico de las Lechuzas, cuando se enfrentaron a la despiadada persecución de los salvajes tribelinos mientras trataban de llegar al sepulcro del Augur. Finalmente habían logrado alcanzar la tumba y leer la Profecía grabada en la lápida, pero no antes de que unos misteriosos rivales que habían seguido sus pasos desde Queitaris pudieran escapar con el secreto mejor guardado de Helárisos.

Un secreto que, para desánimo de Erban, no había servido para resolver ninguno de los enigmas que tanto le preocupaban. Los versos del Augur no explicaban el por qué de las extrañas marcas de sus manos, ni revelaban los misterios del *Spetión*. Pero sí vaticinaban la llegada de un peligro terrible que pronto asolaría Helárisos:

*Por su mano el Cognós será transformado.  
Por el valor de su espíritu, Helárisos renacerá  
o el mundo que conocemos morirá.  
La noche cae sobre Queitaris...”*

Erban todavía se estremecía al pensar en ello, porque sentía en lo más profundo de su corazón que las palabras del Augur encerraban una amenaza inimaginable. Invadido por el desasosiego, aferró con fuerza el *Spetión* y se dejó acunar por el agradable calorcito que emanaba del asta tallada en espirales.

*Biurno... el Kairnós...*

Su peculiar amigo de los tiempos en los que vivían sin preocupaciones en la pequeña aldea de la Marca era, sin duda, la única esperanza de Helárisos. El auténtico Elegido de los Dioses, que había sobrevivido al salvaje ataque de los esbirros de Cleandro Nemicles para convertirse nada más y nada menos que en el líder del Magis ekón, la misteriosa Orden de los Magos.

A Erban le resultaba casi imposible de creer que aquel muchacho tímido y retraído del que se burlaban todos los niños de la aldea fuera ahora un gran hechicero. Pero tal vez ese cambio tan profundo fuera la prueba de que los mismísimos Dioses le habían escogido para Restablecer el Equilibrio en el Mundo... fuera lo que fuera que significara eso.

*Supongo que yo también he cambiado. Un poco, al menos...*

Dejó escapar una risita de sarcasmo. Tal vez tuviera las manos tatuadas y empuñara la mítica Lanza del Tirano, pero se sentía igual de torpe e insignificante que cuando Nefira lo sacó de aquel templo en llamas. El mismo aprendiz de posadero sin más aspiraciones que una vida tranquila y despreocupada.

Como para contradecirle, una sombra se posó en su hombro con un aleteo y sintió un suave picotazo en la oreja.

—¡Ay! —masculló—. Vaya forma de dar los buenos días, Ízim. ¿Vas a buscar algo de desayuno?

El alcotán le miró de reojo con sus ojos ambarinos, y con otro aleteo se lanzó al cielo matinal, su silueta apenas dibujada en la penumbra del amanecer. Pero Erban no necesitaba verlo para sentir su presencia, como un susurro alegre en un rincón de su mente. Ízim tenía razón: Sí que había cambiado, y mucho.

Con una sonrisa, alzó el puño izquierdo a la altura de la frente y cerró los ojos.

Un poco de concentración, y aquel indescriptible torrente de energía inundó sus entrañas. El sonido del viento atronó en sus oídos, y ante sus ojos cerrados se dibujaron los perfiles afilados de las montañas. Un panorama de cumbres nevadas y valles sombríos que se deslizaban bajo la poderosa vista del alcotán, trazando la piel cuarteada del Beronto, la gran cordillera oriental de Helárisos.

*Buena caza, Ízim.*

\* \* \*

Nefira fue la primera en despertar, apenas hubo regresado el alcotán con un pequeño roedor entre sus garras. La guardiana recogió su manto con presteza, se ajustó el talabarte al hombro y se acercó a Erban, quien no pudo menos que admirar, como siempre, el gesto alerta y la expresión despierta con las que su amiga amanecía todas las mañanas.

—¿Qué haces ahí tan temprano? —preguntó ella, sonriendo—. ¿Tantas ganas tienes de seguir caminando?

Erban contuvo un inoportuno bostezo y le devolvió la sonrisa.

—¡Ni de broma! Estoy tan cansado que me pasaría semanas durmiendo... si no me despertaran esos condenados temblores. Es como si me volviera a caer un rayo encima todas las mañanas.

—¡Ya será menos! —replicó ella, aunque una chispa de preocupación brilló en sus ojos verdes—. Lo único que necesitas es una cena caliente y un buen lecho. Y yo también.

—Pues nadie lo diría, francamente. No parece que te afecte dormir a la intemperie. ¿Seguro que no nos ocultas ningún truco secreto de guardiana?

—No digas tonterías... —musitó ella, apartando su mirada hacia el horizonte. Negros nubarrones comenzaban a amontonarse en el cielo—. Se acerca una tormenta, más vale que nos pongamos en marcha. Voy a despertar a esos dormilones.

Nefira volvió al cobijo. Erban la siguió con la mirada, rumiando una brizna de inquietud. En las palabras y los gestos de su amiga intuía algo extraño, un destello de tristeza que se esfumaba en cuanto trataba de mirarlo fijamente.

*Ella también ha cambiado...*

No pensó más en eso, porque Aikón ya comenzaba a protestar a voz en grito por la insistencia de Nefira.

—¡Pardiez, guardiana! ¡Ya que tienes la desfachatez de despertarme en medio

de un sueño magnífico, podrías al menos reparar tamaña ofensa con un desayuno abundante y listo para tomar!

—¡Déjate de desayunos y levántate! —restalló Nefira—. ¡Comerás tu ración de cecina y queso, como todos!

Erixëa se abrió camino entre un revoltijo de mantas y de un manotazo apartó el desastre de rizos que cubrían su rostro adormilado.

—¿Ya es de día? —rezongó—. ¿No puedo dormir un rato más? ¿Qué decís del desayuno?

Nefira puso los brazos en jarras y se encaró con la joven hechicera. Un peligroso rubor de cólera comenzaba a teñir su rostro. Pero antes de que abriera la boca, Erixëa se incorporó de un salto y recogió sus mantas a toda prisa.

—¡Vale, vale, lo he entendido! —exclamó—. No hace falta que me grites.

El desconcierto que nubló el rostro de Nefira fue tan notorio como la carcajada burlona de Aikón.

—¡Formidable habilidad la tuya, a fe mía! —graznó, con un brillo de regocijo en sus ojos grises—. ¿Qué te iba a gritar, chiquilla?

—Algo tan grosero que he preferido retrasarme unos segundos para que no lo escuchéis —Erixëa sonreía de oreja a oreja—. No creo que fuera digno de una guardiana, la verdad.

Aquello fue el colmo para Nefira. Con un suspiro de desaliento, alzó la mirada al cielo y dio la espalda al hombrecillo y a la joven, que seguían parloteando alegremente.

—¡Haced lo que os plazca, malditos locos! —gruñó, desabrida—. Con tal de que...

—...nos demos prisa en proseguir el viaje —completó Erixëa, ufana.

Nefira levantó las manos en un gesto de frustración y miró a Erban en busca de un poco de ayuda. Pero él ya tenía bastante con contener las carcajadas, así que la guardiana acabó por claudicar y, con una sonrisa furtiva, se ocupó de recoger sus escasas pertenencias.

Para su gran alivio, los demás se decidieron por fin a ponerse en marcha. Muy pronto los cuatro avanzaban lentamente por los abruptos senderos del Beronto, precedidos por la silueta de Ízim que se deslizaba por un cielo cubierto de nubes.

El invierno se había abalanzado ya sobre Helárisos, cruel y despiadado como nadie lo recordaba desde hacía muchos años. La engañosa quietud del amanecer dio paso, como cada día, al viento que helaba los huesos y la nieve que pintaba de blanco el



paisaje. Los caminos de las montañas, ya de por sí peligrosos, se tornaban auténticas trampas que en más de una ocasión a punto estuvieron de atrapar a los cuatro viajeros.

En medio de semejante temporal, la caza escaseaba tanto como sus ya menguadas provisiones, por lo que al frío y a los rigores del viaje se añadían los primeros zarpazos del hambre. Si no lograban atravesar pronto el Beronto, se verían en serios aprietos.

Sin embargo, a pesar de tantos peligros y obstáculos, nadie abría la boca para lamentarse. Los cuatro habían decidido de común acuerdo emprender aquel camino tan arriesgado, ya que el Beronto era la única vía para regresar a la Marca evitando las tierras de Áquiros. Ninguno deseaba caer en manos del general Cícer Varines Antodeo.

Una vez que lograran atravesar las montañas y descender al llano, podrían seguir libremente su viaje: Nefira de vuelta a Queitaris, y los demás directos al sur, a la Península del Eccínium, donde las leyendas situaban el Santuario de los Magos, el mítico Magis ekón. Allí, Erban esperaba reencontrar a su viejo amigo Biurno para comunicarle su verdadero destino.

Pero antes, debían salir con vida de la trampa del Beronto.

El viento rugía furioso, arrojando nieve y llovizna sobre los castigados viajeros. Erban caminaba encogido tras Nefira, aterido de frío a pesar del grueso manto que cubría sus hombros. De tanto en tanto escuchaba el gemido lastimero de Ízim, acurrucado en el morral que pendía de su costado. Ni siquiera el valiente alcotán podía luchar ya contra el temporal.

Los cuatro avanzaban despacio, vigilando sus pasos para no perder el estrecho sendero que serpenteaba por el flanco de la montaña. Confiaban en que la vereda pronto comenzaría a descender y los conduciría a un angosto valle donde, según Nefira, se ocultaba la antigua fortaleza de Hacra, el hogar ancestral de la Hermandad de las Guardianas.

—Pero no esperéis encontrar descanso allí —les había advertido con gesto hosco, al ver sus muecas de alegría—. Hace muchos años que nadie habita la fortaleza. Tan sólo las Grandes Espadas vienen aquí de vez en cuando para honrar la memoria de nuestras antepasadas. Es un lugar vedado para nosotros.

—¿No podríamos al menos pasar una noche a cubierto? —había preguntado Aikón, sacudiéndose de un manotazo la nieve acumulada sobre su calva—. Estoy hasta la coronilla de la ventisca, como bien podéis ver.

—¡Ni lo sueñes! Es un lugar sagrado y no voy a permitir que lo profanes con tus

pezuñas. Además, ya os he dicho que está abandonado.

Por una vez, Aikón no parecía dispuesto a discutir y se había limitado a encoger los hombros, desanimado. El frío y las penurias también comenzaban a hacer mella en su faceta liante.

El Aikón introvertido, en cambio, se mostraba un poco más conversador de lo normal, especialmente con Erixëa. Erban los oía hablar a sus espaldas, un entrecortado murmullo que el viento apenas le dejaba entender. Echó una furtiva mirada sobre su hombro y vio al hombrecillo avanzar a duras penas, cogido del brazo de la joven hechicera.

En realidad, casi siempre era Aikón quien hablaba, perdido en confusas divagaciones que, no obstante, Erixëa escuchaba con gran atención. Aquello picaba enormemente la curiosidad de Erban, y dos noches atrás, cuando ya el hombrecillo dormía a pierna suelta, había preguntado a la joven al respecto:

—¿Entiendes algo de lo que dice? Porque yo, la mayor parte del tiempo, no tengo ni idea de lo que habla.

Erixëa tardó en responder, la mirada perdida en los rescoldos de la pequeña hoguera que apenas les caldeaba las manos.

—En realidad, no mucho. Algo confunde sus recuerdos, eso está claro, pero no sé qué puede ser. Parece como si estuviera atrapado en su propia mente.

—¿Y entonces por qué le prestas tanta atención? —insistía Erban.

—No lo sé... supongo que así no me resulta tan aburrida esta travesía interminable —respondió ella con una sonrisa traviesa—. Además, si le escucho atentamente, tal vez encuentre alguna pista que me permita descubrir lo que le pasa.

—Ya... ¿pero es un mago, o no? ¿Cómo explicas que...?

—¿...sea tres personas a la vez? —cortó ella, sin darse cuenta—. Yo sólo conozco a dos, y ninguno parece un mago. Sus marcas no pertenecen a ninguna de las Siete Estirpes, ya te lo dije.

—¿Pero y el otro Aikón? —protestó Erban—. ¡Cuando se enfada arroja llamaradas a diestro y siniestro sin importarle quién esté por medio!

—Me encantaría ver eso —Erixëa se apartó un mechón rizado del rostro, descubriendo una mirada soñadora—. Sólo los más poderosos *piromes* dominan el fuego a voluntad, y hace años que no queda ninguno en el Magis ekón.

—Pues no tienes más que provocarle y verás qué risa...

—Sí, tal vez lo haga —respondió ella con toda seriedad.

Erban dejó escapar un suspiro de frustración. Aunque comenzaba a acostumbrarse a la singular manera de ser de la hechicera, de tanto en tanto todavía le sacaban de quicio sus inesperadas salidas.

—Haz lo que quieras, pero procura que los demás no estemos cerca. Y ahora dime, si tiene tanto poder, ¿eso le convierte en un mago o no?

—No lo sé, de verdad —Erixëa encogió los hombros con desánimo—. Yo sólo soy una aprendiz y no sé mucho de estas cosas. Si viene con nosotros hasta el Santuario, tal vez alguno de los magos ancianos pueda explicarnos algo más sobre él.

Alzando la mirada de los agonizantes rescoldos del fuego, Erban observó al hombrecillo hecho un ovillo bajo su manta, roncando suavemente. Tantos misterios rodeaban a Aikón, tantos enigmas inexplicables. Erban se preguntó si algún día conocería su verdadera historia.

Aún ahora, mientras caminaba lastimosamente bajo el temporal, seguía haciéndose la misma pregunta.

*Algún día...*

No fue hasta bien avanzada la tarde que el sendero comenzó por fin a descender hacia el valle. El temporal arreciaba sobre sus cabezas, y la oscuridad era ya tan densa que apenas podían avanzar sin peligro de dar un traspíe.

—Será mejor que busquemos un lugar para acampar —sugirió Nefira, alzando la voz para hacerse oír sobre el fragor de la ventisca—. Si seguimos así podríamos salirnos del sendero.

—No creo que eso sea lo peor que nos puede pasar... —gruñó el Aikón liante, encogido de frío—. Más temible a mi juicio sería quedar sepultados por la nieve, o precipitarnos al vacío, o perecer de hambre y sed. Especialmente de sed...

Ignorando las quejas del hombrecillo, Nefira encendió su lámpara de rastreador, derramando una suave luz azulada sobre los viajeros. Más allá del pequeño círculo de claridad, las tinieblas se espesaron.

Durante un buen rato vagaron por el sendero y los alrededores sin encontrar un lugar adecuado para pasar la noche. Al final tuvieron que conformarse con una oquedad en la pared rocosa, sobre la que tendieron un pesado manto de piel para resguardarse un tanto de la nieve.

Agotados, los cuatro se apretujaron en el improvisado refugio. No tenían espacio ni les quedaba ya madera para encender una hoguera, de modo que Erban tendió el *Spetión* entre él y sus amigos para que todos pudieran aprovechar un poco del

inexplicable calor que emanaba el asta. Nefira dejó la lámpara en su regazo para iluminarles mientras devoraban las últimas migajas de sus zurrones.

—Con esto casi se acabaron nuestras provisiones —comentó la guardiana, tras contemplar con tristeza un chusco de pan reseco—. Como no encontremos algo que cazar en el valle, estamos apañados.

—¿Cuánto nos queda para salir de estas malditas montañas? —preguntó Erban, las manos temblorosas aferradas al *Spetión*.

—No estoy muy segura pero... diría que unos tres o cuatro días más. Mis hermanas me enseñaron que el valle de Hacra era una de las puertas al Beronto, así que las tierras altas de la Marca no deben andar lejos.

—La Marca... —Aikón suspiró, sus ojos grises relucientes de nostalgia—. Maravillosa tierra de viñedos, a fe mía. Y de salvajes también, conviene recordarlo.

—Yo soy de la Marca y no soy ningún salvaje —protestó Erban.

—Porque tú eres marquiso, compadre —Aikón soltó una risita y se frotó las manos ateridas. Por alguna razón no se decidía a tocar el *Spetión*—. Eres mestizo de lengua y cultura como todos los orientales de la Marca. Los marquíes, en cambio, jamás se doblegaron a los aquíreos y continúan viviendo como siglos atrás en sus tierras occidentales, protegidos por sus fieros guerreros y sus poderosas druidas.

—¿Druidas? —Erixëa entornó los ojos, como si recordara—. Creo que mi maestro me habló de ellas alguna vez. Se dice en el Santuario que guardan muchos secretos mágicos, pero que no son rival para los iniciados del Magis ekón.

—Ésa, chiquilla, es la respuesta que siempre dan los arrogantes para ocultar su ignorancia. Aunque no seré yo quien presuma de conocer los asuntos de los magos y toda esa gente estrafalaria, por supuesto.

Dicho esto, mordisqueó su último trozo de queso y se recostó de lado, cerrando los ojos con un suspiro cansado sin prestar atención al cruce de miradas (sorprendida una, divertida otra y de hastío la tercera) que provocó su afirmación.

Al poco, la ventisca pareció amainar y el viento dejó de sacudir el manto que cubría sus cabezas. Nefira no tardó en dormirse profundamente, y Erixëa tampoco se demoró mucho en ladear la cabeza y unir su respiración tranquila a los ronquidos de Aikón. Incluso Ízim descansaba ya con la cabeza escondida bajo el ala, cosa que avivó la sensación de envidia que azuzaba a Erban.

Porque por más agotado que se sintiera, no lograba conciliar el sueño. Tal vez fuera por los retortijones de hambre que sacudían su estómago, o por el entumecimiento

de sus músculos. O, más probablemente, por el pulso del *Spetiön* que no dejaba de gotear en sus oídos, apenas perceptible pero siempre presente.

Erbán lo alzó despacio, cuidando de no despertar a sus amigos, y lo sostuvo entre sus manos. Por las noches, el gélido aliento de la hoja siempre se acrecentaba, como si el acero redoblara esfuerzos para imponerse a la reconfortante tibieza de la madera tallada. No cabía duda de que la Lanza albergaba un poder indómito y maravilloso, una fuerza en constante pugna por quebrar los estrechos límites que la contenían. Erbán sólo había experimentado un pequeño destello de esa lucha interminable, y no podía dejar de sentirse fascinado... y también asustado.

Con el paso de los días había logrado dominar a la perfección la conexión con Ízim, y ya se sentía capaz de curar todo tipo de pequeñas heridas a costa de una intensa concentración. Pero después de sufrir el impacto del rayo, un temor silencioso se había apoderado de él, bloqueando sus tímidos intentos de seguir explorando los poderes del *Spetiön*. Le aterraba despertar una fuerza que no pudiera controlar, una fuerza capaz de devorarlo y, tal vez, enloquecerlo.

*Erbán, el Sanguinario... ¡Dioses de la Tierra, ojalá que no!*

Ciertamente, no podía saber si el *Spetiön* había sido la verdadera razón de la locura de Soloscrán. Aikón, en su faceta misteriosa, insistía que la Lanza sólo respondía a la voluntad de su dueño. ¿Pero qué sabía realmente el hombrecillo sobre tales asuntos? Y Erbán no podía olvidar los relatos sobre la cruel brujería del Tirano...

Absorto en sus cavilaciones, dio un respingo al escuchar una voz suave.

—¿No duermes? —Erixëa le miraba de frente con sus ojos rasgados, apenas visibles a la luz mortecina de la lámpara.

—No puedo. Estaba pensando...

—En el *Spetiön* —susurró ella. No era una pregunta sino una certeza.

—Pues... sí.

Erbán dudó, y se decidió a compartir sus preocupaciones con Erixëa. Le sorprendió el gran alivio que sintió al poner en palabras todas sus inquietudes, especialmente cuando cayó en la cuenta de que nunca antes había hablado de la Lanza con ella.

¿*Por qué no?*, se preguntó. El interés de Erixëa era evidente, y tal vez sus conocimientos mágicos le permitieran responder a alguno de los enigmas que tanto le inquietaban sobre aquel misterioso artefacto. Así pues, Erbán dejó a un lado sus reservas y, a media voz para no despertar a los demás, le contó a la hechicera cuanto

sabía sobre el *Spetión*.

—Ya viste lo que hizo con esos salvajes en la montaña —susurró, al terminar su relato—. Acabó con ellos y casi acaba conmigo también. No sé... me asusta que vuelva a ocurrir si continúo explorando sus poderes.

Erixëa le miraba de soslayo, el rostro arrebolado de una curiosidad casi infantil.

—No sé mucho de objetos mágicos, pero mi maestro me contó alguna vez que existen varios... eh... ¿cómo los llamaba...? ¡Ah, sí! *Teux artífex*.

—¿*Teux artífex*?

—Eso es —Erixëa empezó a tirar de uno de sus caóticos rizos, un gesto habitual en ella—. Así llaman a los artefactos mágicos creados por los Poderes Inmortales en el origen de los tiempos. Se dice que hay varios dispersos por Helárisos. Son objetos muy poderosos, mucho más de lo que cualquier mago mortal pueda fabricar. Tal vez tu Lanza sea uno de ellos.

Erban miró de reojo al *Spetión*, aturdido por semejante posibilidad.

—¡Dioses de la Tierra! —masculló, y al instante se arrepintió de invocar a los posibles dueños del objeto que sostenía en sus manos—. Pues eso no me tranquiliza mucho, la verdad...

—¡Bah, no debes preocuparte! —murmuró ella, con un gesto de quitarle importancia a sus temores—. Mi maestro también me dijo que, para muchos magos, los *Teux artífex* no son más que leyendas.

—Ya... igual que todo ese cuento del Cognós, supongo.

—Eso sí es cierto —replicó ella, ahogando un bostezo—. Al menos en parte. El Cognós es real, Erban, ya te lo dije. Es el corazón de Helárisos, la fuente de la magia...

—También me dijiste que...

—... no tenía ni idea de lo que eso significa —terminó ella, somnolienta—. Pero que no lo entienda no significa que no sea real. Porque si no existiera, yo no podría deslizarme en el Tiempo, ni Aikón arrojar fuego por sus manos... ni tú invocar a la tormenta con un gesto.

—No digas eso ni en broma —siseó él—. Bastantes pesadillas tengo ya.

Pero Erixëa casi no le escuchaba. Adormilada, su cabeza comenzaba a inclinarse hacia un lado.

—No le des más vueltas —susurró, apenas un hilo de voz—. Si esa lanza tuya no fuera peligrosa, ¿qué interés tendría?

Erban no respondió. Dejó que Erixëa se durmiera, sin apartar la vista de su

rostro en penumbra, enmarcado por aquel desastre de rizos encrespados.

Observándola, un zarpazo de curiosidad le sacudió. ¿Qué sabía de ella, realmente? Apenas nada, pues siempre se mostraba reacia a hablar de su pasado, de su vida en el Magis ekón. Tal vez no confiaba del todo en ellos todavía, o quizás guardaba un mal recuerdo que no deseaba revivir con sus nuevos amigos.

Fuera lo que fuese, Erban se dijo que no tenía importancia, pues a pesar de sus rarezas y sus extraños poderes, Erixëa era ya una más del grupo, y confiaba en ella. Cuando quisiera contarle su historia, él la escucharía.

Un bostezo descomunal interrumpió sus pensamientos. Por fin el sueño acudía en su ayuda. Dejó a un lado el *Spetión*, apartando de momento todos sus temores, y se dejó llevar.